

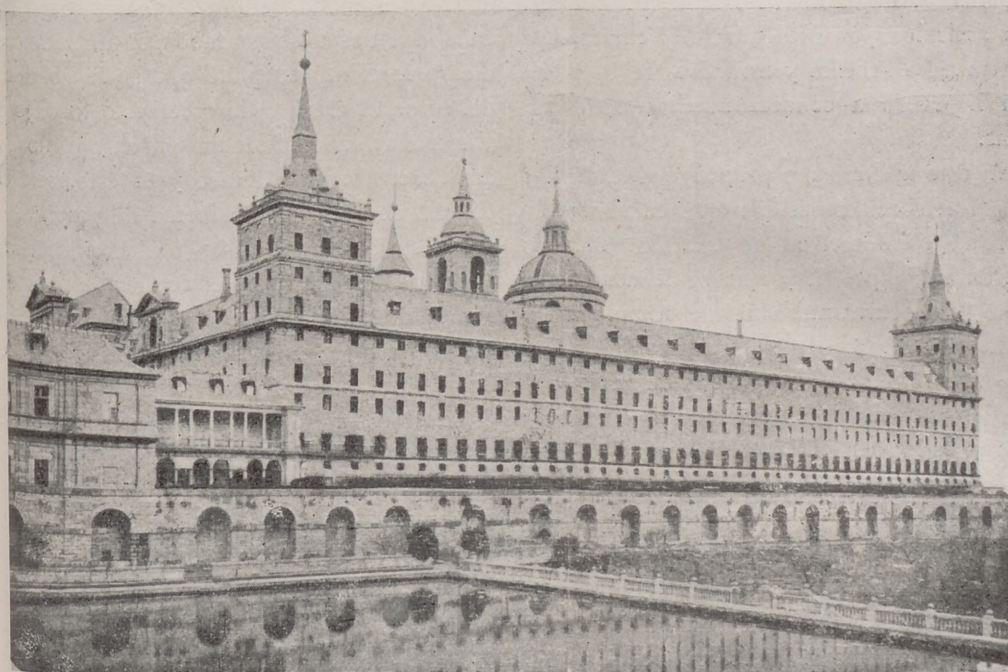
EL AMIGO DE LA INFANCIA

Año LX

MADRID, 8 DE OCTUBRE DE 1933

NÚMERO 41

LA OCTAVA MARAVILLA DEL MUNDO



No les extrañe a los lectores que en este número venga otro artículo sobre el Monasterio del Escorial. Este artículo vino antes que se publicará el mes de septiembre y aunque coincide en algunas partes con el otro, trae muchas cosas distintas y muy interesantes. Además cada artículo, que entra en el concurso, tiene el derecho a ser publicado, para que luego merezca acaso su premio jus-

to, según el juicio de los lectores. Sobre una "maravilla" como el Monasterio, se podría escribir todo un libro y todavía no se diría todo. Así os aconsejo que leáis también este segundo artículo con mucha atención.

Tiene mucha razón "Vuestra tita", cuando dice que habiendo tantas y tantas cosas importantes en nuestra amada patria, España, como son: monumentos históricos, catedrales, antiguos castillos y conventos;

además de un sin fin de maravillosas obras naturales con que Dios se ha servido bendecir nuestro hermoso suelo, no hayamos prestado a ello toda la atención que debe merecernos. Sin duda, vosotros tenéis mucho interés por amar y apreciar a España, como debe ser amada; pues para ello necesitáis antes conocerla.

Creo de un acierto muy grande que ella haya pensado en que durante algún tiempo aparezcan en nuestro querido periódico semanal "Amigo de la Infancia", pequeños artículos por medio de los cuales, de una manera sencilla y atractiva, se os puedan ir dando a conocer muchas de estas cosas.

En este número me propongo deciros algo del célebre Monasterio que en el Escorial, a 50 kilómetros de Madrid, mandó construir Felipe II, y que se le considera como "La octava maravilla del mundo".

Lo que dió origen a la construcción de este soberbio edificio, que puede competir con los mejores de su género en el mundo entero, fué la victoria que el día 10 de agosto de 1557, obtuvo el ejército español en San Quintín (Francia), sobre el ejército francés. Felipe II, que estuvo presente en aquella batalla, siendo un fiel devoto de San Lorenzo, santo cuya festividad se celebraba precisamente aquel día, atribuyéndole a su protección y ayuda el éxito de la batalla a favor de los españoles, hizo el voto solemne de construirle, al volver a España, una gran Iglesia y Monasterio en su honor. Quería Felipe II que el lugar que se escogiera para la construcción, no estuviera lejos de Madrid, y que, al mismo tiempo, fuera un sitio solitario y tranquilo.

Nombró una comisión de médicos, arquitectos y geólogos, que se encargaran de buscar el sitio adecuado. Esta comisión, después de recorrer los alrededores de Madrid en todas las direcciones, y transcurrido algún tiempo, dió con el lugar deseado; e inmediatamente puso el hecho en conocimien-

to del rey, que quiso por sí mismo inspeccionarlo y verlo. Mucho agradó al monarca el lugar descubierto, y en seguida dió las órdenes necesarias para empezar la construcción.

El edificio tiene la forma de una enorme parrilla, igual en su forma al utensilio que usan vuestras madres para asar carne o pescado.

Se le dió esta figura, porque según la tradición, San Lorenzo había sufrido el martirio siendo asado sobre una parrilla, en donde después de asado por un lado, se dice, que él mismo pidió que se le volviera del otro. El creer o no creer esto lo dejo a vuestro arbitrio. Por mi parte, yo no lo creo. Pero vamos al caso y es éste, que el edificio en efecto tiene forma de parrilla.

En su construcción se tardaron muchos años, y consumió el monarca los tesoros de ambos mundos. Cuéntase que, faltándole el dinero para pagar a los trabajadores, hizo ahorcar a muchos de ellos por atreverse éstos a reclamarle los jornales devengados.

El arquitecto Juan de Herrera, trazó los planes y dirigió las obras, bajo la inmediata vigilancia del mismo rey. El que haya visto alguna vez el Monasterio de El Escorial, y a su vez un retrato de Felipe II, podrá notar en seguida, cómo el edificio lleva el sello de su carácter frío y severo. Dentro del Monasterio se mandó hacer Felipe II algunas habitaciones para él; en las cuales vivía cuando venía al Escorial. Son muy sencillas, y desde la alcoba podía ver el altar mayor de la iglesia. En dicha alcoba murió preso de la terrible enfermedad de la gota.

Tiene una iglesia semejante a la de San Pedro en Roma, con una magnífica cúpula o cimborrio que se eleva a una altura aproximada de 80 metros. Las bóvedas están adornadas con hermosas pinturas al fresco. Debajo del altar mayor se halla el panteón de los reyes, mausoleo subterráneo, que tiene la forma de un polígono regular de ocho

lados, y contiene cuatro hileras de nichos. Cada nicho contiene un sarcófago de mármol obscuro con una plancha dorada, en la que se halla grabado el nombre del monarca cuyos restos reposan allí. Los nichos son 26, y sólo tres están vacíos. En el panteón de infantes, situado al lado opuesto, los sarcófagos son de mármol blanco, y las paredes están cubiertas de mármoles de preciosos colores.

Tiene también una hermosa biblioteca, en cuyos armarios están encerrados antiquísimos códices; es decir, libros escritos a mano, en aquellos tiempos en que aun no se había inventado la imprenta. Es digno de mención el Códice Aureo o de oro, que contiene los cuatro Evangelios escritos con letras de este metal.

Hermosas huertas y jardines con abundancia de aguas por todas partes, rodean y

completan tan hermoso edificio. Durante todo el año, pero especialmente en la primavera y verano, es muy visitado este monumento por propios y extraños.

Por si algunos de los lectorcitos o lectorcitas que leen esto se animan a realizar una visita a este Monasterio, les agradecerá mucho el saber que en El Escorial de Abajo (el Monasterio está situado en El Escorial de Arriba), existe un centro Evangélico, con una numerosa escuela de niñas y niños, y que este centro Evangélico está funcionando en una casa que fué de Felipe II, el convento provisional, llamado hoy "Casa de Paz", aun cuando a su fundador se le llamó en los países del norte, no sin razón "El Demonio del Mediodía", y que de paso pueden también girar a esta casa una visita, donde serán amablemente recibidos.

ISMAEL MORENO

Lo que vi cuando era niño

(Continuación)

Un hombre que valía, era Esteban, a quien el misionero enseñó por mucho tiempo, y quien, por último, pudo anunciar la palabra de Dios a sus compatriotas, poniendo en ello su alma. Ocurrió una vez que por el temporal no pudieron acudir a celebrar la Noche Buena en la casa de Misión, como en años anteriores. Entonces Esteban reunió en su casa a cuantos quisieron ir. Allí les dijo: "Otros años nos reuníamos para este culto en la casa de Dios toda iluminada, alegrándonos de que nuestro Salvador bajase al mundo hecho hombre. Pero ahora estamos reunidos en esta mísera choza porque nuestros pecados nos han echado de la casa de Dios." Al ver cómo a estas palabras unas mujeres rompían a llorar, continuó: "Pero para nosotros es un gran consuelo saber que el Salvador nació en un establo.

Por eso, en su gran amabilidad, está con nosotros también aquí y no nos desprecia, sino nos bendice."

¡Qué hermoso es cuando un inuit salvaje se convierte en buen cristiano! Toda colonia cuenta con sus montañas que se llaman atalayas. Allí se iba con el antejo para ver si hay embarcaciones o naufragos a la vista, necesitados de socorro. Muchas veces los misioneros van allá, anhelando ver llegar la embarcación misionera con el correo, que sólo llega dos veces al año. En ella venían provisiones para todo un año, ya que, desgraciadamente, podía ocurrir que alguna vez naufragase con su precioso cargamento, y entonces los misioneros tenían aun conservas y verduras de la vez anterior. Le gustaban a uno las patatas desecadas, pero se tenía deseo de volver a comerlas nuevas.

Una vez, en 1870, los esquimales pudieron ver desde su atalaya que algo se acercaba. No era un barco, era una nave llena de naufragos. Todos los inuits acudieron al oír la sirena. Los misioneros conocieron, por la bandera, que eran compatriotas los que se acercaban. Eran 19 hombres de la primera expedición al polo Norte, cuyo barco había sido hecho pedazos por el hielo. Se refugiaron sobre el hielo flotante, se hicieron un cobertizo de carbón en el que pusieron las cosas más necesarias y arrastraron los botes de salvamento a la isla de hielo. Se encontraban en una situación terrible. ¿Qué sería de ellos? Se cercioraron que en el bloque de hielo se podía caminar de un extremo a otro en dos horas, y así nadaron sobre él sin saber dónde les llevaría. Otros bloques terribles pasaban junto a ellos con mucha rapidez, a veces las nubes pendían como si fuesen espíritus malignos. Casi perecían por la tormenta y el frío. Oyeron un día un estampido y estallido terribles, se rompió su bloque en el mismo sitio en que se habían establecido; todos ellos pensaban en la muerte, como sin voluntad propia agarraron su bote, entraron de un salto y se entregaron a su suerte. Dios habrá oído su clamor de angustia. El médico del barco perdió la razón. El y sus trece compañeros se acercaban a la costa; esperaban que la fuerza les alcanzase para reunirse con los misioneros alemanes, y así ocurrió. Llegaron rotos, helados, medio muertos.

(Concluirá)

Dos juegos de manos

La vela en el vaso de agua

Con una velita y un vaso con agua se puede hacer un experimento muy divertido,

La vela se mete en un vaso que esté lleno de agua hasta la mitad. Tiene que flotar derecha y sobresalir un poco del nivel del agua. Para conseguir esto mejor, se coloca en la parte baja de la vela un clavito que sirva de contrapeso. Si se enciende la vela, se gastará del todo, sin que el agua la apague; porque el agua evita que la cera de la vela se derrita del todo, y así la cera va formando un tubito, que rodea la llama y la protege, para que el agua no la apague. Esa llamita, que se ve en medio del agua, hace un efecto muy bonito.

Este pequeño experimento también vale para el uso práctico: como para iluminaciones. Si se meten las velitas en vasos de color, que estén llenos de agua hasta la mitad, entonces, además del aspecto bonito, las velas no se apagarán con la corriente, ni habrá peligro de incendio, porque si la vela se ha acabado, el agua misma apagará la llama.

Así que ya lo podéis probar, porque cabos de velas se encuentran en todas partes, y los vasos los tenéis en casa.

El huevo en la botella

Para este experimento hacen falta dos cosas: una botella de cuello estrecho, que abajo tenga lo menos cinco centímetros de ancho, y un simple huevo de gallina. Si se mete el huevo en vinagre muy fuerte, su cáscara se ablandará de tal manera, que se podrá pasar por el cuello de la botella sin el menor esfuerzo. Pasará mejor, si se engrasa primero un poco el cuello de la botella. Luego hay que llenar la botella de agua y renovar el agua varias veces. Entonces la cáscara del huevo volverá a ponerse dura, y todos los que vean el huevo preso en la botella, se asombrarán y no podrán comprender cómo ha podido entrar allí.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN: *Por un año:* en España y Repúblicas Americanas, ptas. 3,00
(25 centavos oro); en los demás países, ptas. 4,50

Librería Nacional y Extranjera: Caballero de Gracia, 60, Madrid.